

Curso de capacitación para educadores cristianos infantiles

PATROCINADO POR



IMPARTIDO POR



Centro Superior
de Teología

Tema 2. El maestro

2.3. Preparado para enseñar

PROFESOR

Dr. José Luis Fortes Gutiérrez

Curso de capacitación para educadores cristianos infantiles

Sumario

Lecciones anteriores:

Tema 1. El alumno

1.1. Razones e importancia de la enseñanza de la Palabra de Dios a los niños

1.2. Psicología y pedagogía del alumno

1.3. El alumno como recipiente de salvación y santidad

Tema 2. El maestro

2.1. Capacitado para enseñar

2.2. Llamado a enseñar

Lección sexta:

2.3. Preparado para enseñar

2.3.1. El pecado y este mundo nos modela negativamente: “todos los que estáis trabajados y cargados” (Mt 11.28)

2.3.1.1. Se dice que algo está “trabajado” cuando ha sufrido un proceso de transformación que afecta a parte o toda su condición original y le confiere otro aspecto y cualidades

2.3.1.2. El pecado y el mundo nos “trabaja” negativamente

2.3.1.3. La modelación recibida del pecado y del mundo nos inhabilita como docentes

2.3.2. Jesús es el maestro del que tenemos que aprender: “Venid a mí... Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended...” (Mt 11.28-29)

2.3.2.1. Debemos comenzar a formarnos como educadores en la iglesia local

2.3.2.2. Debemos continuar nuestra formación mediante instituciones académicas cristianas especializadas en la formación teológica

2.3.2.3. Pero siempre debemos considerarnos discípulos de Cristo

2.3.3. Jesús es la lección que tenemos que aprender: “... aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11.29)

2.3.3.1. Todo el conocimiento de la Biblia debe producir en nosotros la imagen de Jesús

2.3.3.2. La mansedumbre es necesaria para compartir la esperanza que hay en nosotros

2.3.3.3. A su vez la humildad es imprescindible para ser portadores de la sabiduría de Dios

2.3.4. Aprender de Jesús nos da paz interior: “Y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mt 11.29)

2.3.4.1. La preparación para el ministerio no es mero conocimiento teórico

2.3.4.2. Es una vida nueva con paz interior

2.3.4.3. Esta paz es imprescindible para ser embajadores de la paz de Dios

2.3.5. Bibliografía

2.3. Preparado para enseñar

En los dos estudios anteriores hemos visto que aquel que ha de ser maestro o educador debe haber experimentado el llamado y la capacitación del Señor para este ministerio. Hoy veremos que el maestro debe estar preparado para enseñar aprendiendo del Señor a ser como él:

“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.” (Mt 11.29).

Este texto nos muestra varias cosas:

1. El pecado propio y este mundo nos modela negativamente: “... todos los que estáis trabajados y cargados”.
2. Jesús es el maestro del que tenemos que aprender: “Venid a mí... Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended...”
3. Jesús es la lección que tenemos que aprender: “... de mí, que soy manso y humilde de corazón”.
4. Aprender de Jesús nos da paz interior: “Y hallaréis descanso para vuestras almas”.

Analícemos con detalle cada una de ellas.

2.3.1. El pecado y este mundo nos modela negativamente: “todos los que estáis trabajados y cargados” (Mt 11.28)

2.3.1.1. Se dice que algo está “trabajado” cuando ha sufrido un proceso de transformación que afecta a parte o toda su condición original y le confiere otro aspecto y cualidades



Este es un conjunto de piedras o cantos rodados de los que hay en cualquiera de nuestras playas en estado natural.

El siguiente es un ejemplo de piedras trabajadas por el hombre mediante percusión con otras piedras para producir grabados, dibujos, fractura o talla.



Los cantos rodados han sido transformados por el hombre en objetos decorativos, en instrumentos cortantes o en armas de caza. Ahora estos cantos están trabajados.

De forma semejante al proceso experimentado por las piedras anteriores, Jesús emplea la palabra “trabajados” para hacer referencia a las personas que han sufrido un proceso de transformación mediante una obra que se ha producido en ellos generalmente por la confluencia de dos factores: el pecado propio y el pecado colectivo (el mundo).

Ambos, pecado propio y colectivo, son agentes moldeadores del carácter y la conducta de las personas. Todos somos pecadores por naturaleza e inclinados al mal = por naturaleza somos de piedra; pero cuando por la convivencia nuestro pecado entra en colisión con el ajeno mediante los enfrentamientos, discordias, envidias, rencores, celos, iras, etc., que se producen de forma cotidiana entre las personas, nos vamos trabajando los unos a los otros de manera que se van configurando las actitudes y conductas que nos caracterizarán de por vida y por las que seremos conocidos y diferenciados de otras personas = por convivencia somos piedras talladas.

Esto hace que algunas personas sean conocidas por el defecto/os que les caracteriza: tozudos, celosos, desconfiados, egoístas, etc. Es como, usando una metáfora, si el pecado tatuase nuestra alma con el mal. Todas las personas estamos “trabajados” por el pecado propio y el colectivo. Y según la Biblia, nadie se libra de esa situación:

“¿Qué, pues? Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; Con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; Su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; Quebranto y desventura hay en sus caminos; Y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos. (Ro 3.9-18).



Esta chica ilustra de forma metafórica, con sus tatuajes e indumentaria, que todas las personas están trabajadas por el pecado teniendo un carácter y una conducta propia que las caracteriza y distingue de las demás.

2.3.1.2. El pecado y el mundo nos “trabaja” negativamente

“Pero el rey Salomón amó, además de la hija de Faraón, a muchas mujeres extranjeras; a las de Moab, a las de Amón, a las de Edom, a las de Sidón, y a las heteas; gentes de las cuales Jehová había dicho a los hijos de Israel: No os llegaréis a ellas, ni ellas se llegarán a vosotros; porque ciertamente harán inclinar vuestros corazones tras sus dioses. A éstas, pues, se juntó Salomón con amor. Y tuvo setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas; y sus mujeres desviaron su corazón...” (1 R 11.1-3).

La huella que el pecado deja en nosotros siempre es negativa. Hay personas que dicen haber aprendido algo positivo después de haber dejado los caminos de Dios y volver, o después de haber mantenido una determinada conducta contraria a la voluntad de Dios y rectificar. Pero esto es absolutamente falso. El pecado o el mal nunca dejan ninguna huella buena en nosotros. No hay nada positivo que aprender de una conducta pecaminosa, no hay nada positivo en haber desobedecido, ni en haber trasgredido este o aquel mandamiento de la Ley de Dios. Salomón pecó al confiar en una política de pactos de matrimonio para garantizar la paz en Israel en vez de confiar en Dios. Esta vana confianza le llevó a desobedecer contrayendo matrimonio con mujeres paganas e idólatras que con el tiempo le arrastraron a participar en el más burdo paganismo. Cuándo, ya muy viejo, se arrepintió de ello,¹ sólo pudo rectificar y variar su vida en los pocos años que vivió después, pero jamás pudo recuperar los años perdidos en apostasía y mal testimonio. Fueron años en los que no sirvió a Dios, sino a los ídolos; años en los que no contribuyó al establecimiento del reino de Dios, sino en los que fue de tropiezo. Ciertamente los besos de hoy no quitan el sufrimiento de los golpes de ayer.

El paso de los años y la experiencia debería mejorar moralmente a las personas, que tendrían que aprender de los errores y de sus consecuencias para no volver a tropezar una y otra vez en las mismas piedras. Pero el pecado, no sólo lo impide, sino que empeora día a día el carácter y la conducta. ¿Quién no conoce el refrán que dice: “genio y figura hasta la sepultura”? Las personas, como el mal vino, que se avinagra con el paso del tiempo, se empobrecen y deterioran moralmente con los años acentuando los pecados y defectos de la juventud.

¹ Damos por sentado que así fue por el libro de Eclesiastés.

2.3.1.3. La modelación recibida del pecado y del mundo nos inhabilita como docentes

“Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con Jehová, y no siguió cumplidamente a Jehová como David su padre” (1 R 11.4-6).

Las personas suelen creer que los años y la experiencia les ayudan a mejorar sus capacidades docentes. Pero esto no es así, por lo general con el aumento de edad las personas se vuelven impacientes, egoístas, tercos, incomprensivos, etc. ¿Cuántas veces hemos oído decir de alguien, que no comprende y es severo con los niños o jóvenes, que ya no se acuerda de cuando tenía esas edades? Por otra parte, y en el otro extremo, pero igualmente negativo, es la actitud y conducta permisiva que algunas personas desarrollan con la edad. Es tan negativo ser muy estricto, y prohibirlo todo y enfadarse por cualquier cosa, como ser muy permisivo y dejar que los niños/alumnos hagan lo que quieran sin establecerles ningún tipo de límite.

“Debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos...” (He 5.12)

Pero el pecado hace que la edad y el paso del tiempo, no sólo no mejore la capacidad educadora de las personas, sino que perjudique notablemente el modelo de carácter y conducta que éstas pueden ofrecer al alumno. No sólo se enseña con lo que se dice sino con lo que se hace. Una persona que acompaña a su enseñanza de un modelo negativo a través de su propia vida está haciendo un flaco favor a sus niños/alumnos.

Por tanto, y puesto que el pecado nos trabaja negativamente y nos inhabilita como docentes, hemos de buscar una fuerza que contrarreste nuestro pecado y un modelo de carácter y conducta que pueda ser un referente estable y adecuado para formarnos como personas y educadores cristianos. ¿Dónde se encuentra esa fuerza y ese referente o modelo estable y adecuado?

2.3.2. Jesús es el maestro del que tenemos que aprender: “Venid a mí... Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended...” (Mt 11.28-29)

2.3.2.1. Debemos comenzar a formarnos como educadores en la iglesia local

“... aprended” (Mt 11.29).

La iglesia local, como parte del cuerpo de Cristo al que somos incorporados en la salvación (Hch 2.47), es el primer lugar donde una persona puede encontrar la gracia y el poder de Dios para hacer frente a su pecado personal y para encontrar un modelo ético de vida adecuado. Desde el mismo momento de la conversión una persona recibe el poder del Espíritu Santo para luchar contra el pecado y la enseñanza de la Palabra de Dios que actúa como faro que ilumina la senda a seguir:

“Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Ti 1.7).

“¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra. /.../ Enséñame, oh Jehová, el camino de tus estatutos, y lo guardaré hasta el fin. /.../ ¡Oh cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación. Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos. /.../ Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.” (Sal 119.9,33,97-98,105).

Es el ámbito de la iglesia local que el cristiano da sus primeros pasos para formarse como hijo de Dios y como educador cristiano. Allí recibe la capacidad de compartir con otros todo lo que ha recibido previamente de Dios:

“Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.” (Mr 5.19).

Sencillamente el cristiano da lo que ha recibido: *“lo que tengo te doy”* (Hch 3.6). Pero esto no es suficiente, se requieren personas capacitadas para compartir la palabra con amor y sabiduría a todas las personas sin distinción, y en toda circunstancia y ocasión, de modo que la enseñanza dé el fruto esperado. Un ejemplo de esto lo tenemos en Pablo:

“Nuestra visita a vosotros no resultó vana... tuvimos denuedo en nuestro Dios para anunciaros el evangelio de Dios en medio de gran oposición. Porque nuestra exhortación no procedió de error ni de impureza, ni fue por engaño... hablamos; no como para agradar a los hombres, sino a Dios... nunca usamos palabras lisonjeras... ni encubrimos avaricia... ni buscamos gloria de los hombres... fuimos tiernos entre vosotros... trabajamos de noche y de día... sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irreprochablemente nos comportamos con vosotros...” (1 Tes 2.1-10).

En el texto anterior se encuentra todo lo que un cristiano necesita aprender si quiere ser un buen educador cristiano:

1. El maestro debe procurar que su encuentro educador con el alumno no sea vano: *“Nuestra visita a vosotros no resultó vana...”*
2. Debe buscar en Dios la gracia para exponer con denuedo el evangelio: *“...tuvimos denuedo en nuestro Dios para anunciaros el evangelio de Dios...”*
3. Ninguna forma de oposición debe impedir cumplir con la labor anterior: *“...en medio de gran oposición.”*
4. Se debe transmitir la enseñanza honestamente y sin error: *“Porque nuestra exhortación no procedió de error ni de impureza, ni fue por engaño...”*

5. Hay que enseñar buscando agradar a Dios y no a los hombres, pero al mismo tiempo hay que mostrar amor y ternura a los alumnos: *"...hablamos; no como para agradar a los hombres, sino a Dios... nunca usamos palabras lisonjeras..."*
6. Se debe trabajar infatigablemente en la preparación de la lección y en la enseñanza de la misma: *"...trabajamos de noche y de día..."*
7. Hay que impartir la lección adornándola con vidas santas: *"sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irrefutablemente nos comportamos con vosotros..."*

¿Podemos conseguir que cada una de las características anteriores de un buen educador cristiano, como Pablo, también estén en nosotros? ¡Sí! , y para ello...

2.3.2.2. Debemos continuar nuestra formación mediante instituciones académicas cristianas especializadas en la formación teológica

"Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén; y enviaron a Bernabé que fuese hasta Antioquía. Este, cuando llegó, y vio la gracia de Dios, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor... Después fue Bernabé a Tarso para buscar a Saulo; y hallándole, le trajo a Antioquía. Y se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente..." (Hch 11.22-26).

Por lo general, y salvo casos excepcionales, las iglesias locales no pueden especializarse en la adecuada formación ministerial de los cristianos, debido, entre otras cosas, a que no cuentan con los medios adecuados para ello. La Iglesia, en su sentido más amplio, provee personas con dones e instituciones con medios para formar a los cristianos para el ministerio. Las universidades, facultades y seminarios teológicos cristianos son los foros donde las iglesias locales deben enviar a aquellos que han sido llamados para servir para que reciban la adecuada capacitación. Además, dichas instituciones, ofrecen sus servicios a las iglesias organizando cursos como éste, con lo cual facilitan el acceso de muchos cristianos a los estudios teológicos.

No hay que menospreciar la preparación teológica de alto nivel. El propio Jesús, que como sabemos en su condición de verdadero hombre estaba sujeto a las reglas propias del crecimiento humano, tanto a nivel físico, intelectual como espiritual es un ejemplo de lo que venimos diciendo:

"Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él" (Lc 2.40).

"Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres" (Lc 2.52).

Los textos anteriores nos muestran que Jesús tuvo que pasar por cada una de las diferentes etapas que el crecimiento físico, desarrollo intelectual, emocional y espiritual, necesita en las personas:

1. Crecimiento físico: *"Y el niño crecía y se fortalecía..." (Lc 2.40); "Y Jesús crecía... en estatura" (Lc 2.52).*

2. Crecimiento intelectual: *“... se llenaba de sabiduría”* (Lc 2.20); *“Y Jesús crecía en sabiduría”* (Lc 2.52).
3. Crecimiento espiritual: *“Y Jesús crecía... en gracia para con Dios y los hombres”* (Lc 2.52).

Lo anterior nos enseña que Jesús, a pesar de ser Dios hecho carne, en su condición humana se comportó como cualquier persona humana. Necesitaba crecer, y lo hizo como uno de nosotros; necesitaba aprender, y lo hizo como uno de nosotros. Esto es algo muy importante que debemos entender, pues algunas personas esperan que Dios les dé una preparación espiritual sin pertenecer a una iglesia local, o esperan recibir una formación ministerial adecuada sin acudir a una institución académica-teológica. Aunque Dios puede hacer estas cosas en casos excepcionales, por personas que se encuentran también en circunstancias excepcionales, por lo general él nos da las cosas a través de los medios ordinarios. Esto quiere decir que nosotros, simples personas humanas, no vamos a ser mejores que Jesús; si él recibió el crecimiento y el aprendizaje de una forma ordinaria, nosotros también hemos de aprender a través de los medios ordinarios.

Aprender por la experiencia propia nos hace perder tiempo, cometer errores y ser ineficaces, porque no conoceremos las diversas situaciones hasta que éstas nos lleguen, y porque no conocemos las opciones correctas a seguir para sobrellevarlas hasta no probar varias y equivocarnos hasta acertar. Y ese porcentaje de aciertos y desaciertos dependerá tanto del azar como de nuestra aptitud o ineptitud, lo cual nos hará ser inseguros e ineficaces en nuestra labor. Recibir la experiencia y conocimiento de otros, por el contrario, nos hace prever situaciones, nos hace anticiparnos a los problemas y emplear estrategias adecuadas y de probada eficacia. El propio Jesús enseñó a sus discípulos capacitándolos para el ministerio:

“Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres” (Mr 1.17).

“Enseñaba a sus discípulos...” (Mr 9.31).

“Y comenzó a enseñarles... claramente” (Mr 8.31-32).

“Volviendo a tomar a los doce aparte, les comenzó a decir...” (Mr 10.32).

“Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado proceden de ti; porque las palabras que me diste les he dado... yo les he dado tu palabra.” (Jn 17.7-8,14).

Obviamente los apóstoles recibieron la mejor preparación que se puede recibir para el ministerio, pues la recibieron directamente de Cristo. ¿Esto quiere decir que nosotros estamos ahora en peores condiciones que ellos? Nuestra situación es diferente, pero no necesariamente peor que la de ellos...

2.3.2.3. Pero siempre debemos considerarnos discípulos de Cristo

No olvidemos las palabras de Jesús, anteriormente citadas y que estamos analizando en este estudio, en las que dijo:

“Venid a mí... Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended...” (Mt 11.28-29)

La frase *“llevad mi yugo sobre vosotros”* son un modismo rabínico por el cual se llamaba a las gentes a llevar o tirar juntos, alumno y maestro, de una misma doctrina o enseñanza. Con esa frase es como si dijeran: *“venid a mi escuela”* o *“venid a estudiar conmigo mi doctrina”*. Por tanto todo cristiano debe sentirse un discípulo o alumno de Jesús. Y esto independientemente de que esté recibiendo una formación ética y ministerial en una iglesia local o en una institución académico-teológica cristiana. ¿Pero podemos sentir realmente que somos discípulos de Cristo sin que él esté físicamente presente entre nosotros? ¡Sí, no olvidemos sus palabras! :

“Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre; el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros... Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.” (Jn 14.15-18,26).

Según esto el Espíritu Santo está con todos los creyentes (con la Iglesia) y en cada creyente en lugar de Jesús para enseñarnos todas las cosas. Por tanto, no estamos en peores condiciones que los apóstoles. Ellos tuvieron al Señor y nosotros al Espíritu Santo en representación de él para enseñarnos su palabra. Por tanto podemos y debemos sentirnos discípulos de Cristo de forma real. Él sigue enseñando y capacitando a los suyos a través del Espíritu según las anteriores palabras y las siguientes:

“Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que han de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.” (Jn 16.13-14).

Estas palabras de Jesús se cumplen en la revelación que Dios hace de sí mismo, de la obra de la cruz y de su voluntad a cada creyente, según las palabras del apóstol Pablo a los Corintios:

“Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria. Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo.” (1 Co 2.6-16).

Los extremos son malos. Cuando hablamos de que debemos ser alumnos de Cristo por el Espíritu Santo significa que nunca debemos confiar en los “medios” sino en el poder de Dios (1 Co 2.1-5). Pero esto no significa que no usemos de los medios ordinarios (iglesia local e instituciones académico-teológicas) para formarnos adecuadamente para el ministerio. Debemos confiar en las promesas de Dios al tiempo que echamos la red al mar: “... en tu palabra echaré la red.” (Lc 5.5).

Ahora bien, una vez que hemos dejado muy claro que debemos aprender de Jesús a través de los medios ordinarios, debemos preguntarnos: ¿Qué es lo que tenemos que aprender de él?

2.3.3. Jesús es la lección que tenemos que aprender: “... aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11.29)

2.3.3.1. Todo el conocimiento de la Biblia debe producir en nosotros la imagen de Jesús

Esto es lo que nos enseña toda la palabra de Dios. El gran propósito salvador de Dios es que recuperemos la imagen suya que perdimos en Adán. Jesús es el segundo Adán u hombre perfecto, somos salvos para ser como él:

“Y él mismo constituyó a unos apóstoles; a otros... maestros, a fin de perfeccionar a los santos... hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef 4.11-13).

*“Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda **humildad** y **mansedumbre**, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor” (Ef 4.1-2).*

*“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de **humildad**, de **mansedumbre**, de paciencia” (Col 3.12).*

Por tanto todo conocimiento teológico adquirido en el Espíritu debe hacer que muera nuestro viejo hombre (nuestro “yo” pecaminoso carnal) y crezca y se fortalezca el nuevo hombre a la imagen de Jesús. El conocimiento que no es “en” y “por” el Espíritu, envanece (1 Co 8.1) y es “insensatez para con Dios” (1 Co 3.19). El conocimiento teológico adquirido por la obra y gracia del Espíritu es en “demostración” de su “poder” (1 Co 2.4), es decir, lleva a vidas de fruto consecuente. Este fruto es parecerse a Jesús en lo ético, es reflejar su carácter en nuestra vida, es ser “manso y humilde de corazón” como él lo era. Y es que...

2.3.3.2. La mansedumbre es necesaria para compartir la esperanza que hay en nosotros

Es curioso que, además del Señor Jesucristo, dos de los principales apóstoles, Pablo y Pedro, también dejaran escrito que la mansedumbre es una cualidad que debe acompañar al educador o maestro de la Palabra en su labor de enseñanza y comunicación del mensaje de Dios.

*“Yo Pablo os ruego por la **mansedumbre** y **ternura** de Cristo, yo que estando presente ciertamente soy **humilde** entre vosotros, mas ausente soy osado para con vosotros...” (2 Co 10.1)*

*“Estad preparados para presentar defensa con **mansedumbre** y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 P 3.16).*

La pregunta que nos hacemos es: ¿Por qué es tan importante que el maestro o educador sea una persona mansa? Lo primero que tenemos que aclarar es el concepto bíblico de mansedumbre. ¿Qué significa ser manso? Manso es el animal dócil que se deja llevar y guiar por su amo, que le obedece, que no se desboca, que aprende y trabaja según su amo le indica. El animal dócil jamás se volverá contra su amor, jamás huirá de él, jamás lo dejará tirado en el camino. Un maestro de la palabra es primeramente un alumno de Cristo, de él debe aprender todo lo que posteriormente ha de enseñar a otros. Si el maestro no es dócil (o manso), ¿cómo va a aprender adecuadamente de su maestro? ¿Y si no aprende de su maestro de quién aprenderá? Pues de sí mismo o del mundo. Un maestro así no sirve a los intereses del Señor, un maestro así no es un instrumento de Dios para salvación y santidad, es un instrumento de pecado.

Cristo fue manso y todos los grandes hombres de Dios fueron mansos. Sin esta cualidad jamás podrían haber sido instrumentos para la comunicación de la palabra de Dios:

“Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra.” (Nm 12.3).

“Decid a la hija de Sion: He aquí, tu Rey viene a ti, manso, y sentado sobre una asna, sobre un pollino, hijo de animal de carga.” (Mt 21.5).

“¿Qué queréis? ¿Iré a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre?” (1 Co 4.21).

“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.” (Gá 6.1)

2.3.3.3. A su vez la humildad es imprescindible para ser portadores de la sabiduría de Dios

Si la mansedumbre es necesaria para aprender de Dios a conocerle a él y su voluntad, la humildad es imprescindible para saber tener ese conocimiento con nosotros sin caer en actitudes de soberbia o arrogancia. Dios no quiere esto último en sus siervos:

*“El temor de Jehová es enseñanza de sabiduría; y a la honra precede la **humildad**” (Pr 15.33).*

*“Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los **humildes**” (Stg 4.6).*

La falta de humildad está asociada a la altivez y a la actitud de hacer prevalecer la opinión propia sobre la de los demás, incluso sobre la de Dios.

*“Unánimes entre vosotros; no altivos, sino asociándoos con los **humildes**. No seáis sabios en vuestra propia opinión” (Ro 12.16).*

La falta de humildad hace que los pretendidos maestros busquen su propia gloria y no la de Dios, hace que busquen la gloria humana antes que la aprobación de Dios. Aquellos que no son humildes no pueden ser maestros porque terminan siguiendo un evangelio diferente, como el de los judaizantes (Gá 1.6-10); o acaban negando al Señor en el que decían creer para no renunciar a la gloria humana, como hicieron los fariseos (Jn 12.42-43). La falta de humildad indica la existencia de un corazón que no es recto delante de Dios y coloca al pretendido candidato a ser un anunciador del evangelio fuera de los planes de Dios (Hch 8.21-22).

2.3.4. Aprender de Jesús nos da paz interior: “Y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mt 11.29)

2.3.4.1. La preparación para el ministerio no es mero conocimiento teórico

Hemos visto que el conocimiento teórico de las cosas de Dios, sin más, sin la obra de Gracia del Espíritu Santo, envanece y es insensatez para con Dios. Un hombre sabio del pasado pudo comprobar esto en propia carne cuando escribió:

“Yo el Predicador fui rey sobre Israel en Jerusalén. Y di mi corazón a inquirir y a buscar con sabiduría sobre todo lo que se hace debajo del cielo; este penoso trabajo dio Dios a los hijos de los hombres, para que se ocupen en él. Miré todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí, todo ello es vanidad y aflicción de espíritu. Lo torcido no se puede enderezar, y lo incompleto no puede contarse. Hablé yo en mi corazón, diciendo: He aquí yo me he engrandecido, y he crecido en sabiduría sobre todos los que fueron antes de mí en Jerusalén; y mi corazón ha percibido mucha sabiduría y ciencia. Y dediqué mi corazón a conocer la sabiduría, y también a entender las locuras y los desvaríos; conocí que aun esto era aflicción de espíritu. Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia; y quien añade ciencia, añade dolor.” (Ec 1.12-18).

Nada hay más triste que ver a una persona que conoce cosas sobre Dios o su voluntad, en mayor o en menor profundidad, y que no es consecuente con ellas. Esto le hace ser estéril en cuanto al fruto del Espíritu Santo y, lo que es peor, puede llegar incluso a ser un instrumento de maldad y pecado. De ellos habla ampliamente el apóstol Judas, el hermano del Señor:

“Algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo. Mas quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de

Egipto, después destruyó a los que no creyeron. Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno. No obstante, de la misma manera también estos soñadores mancillan la carne, rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores... blasfeman de cuantas cosas no conocen; y en las que por naturaleza conocen, se corrompen como animales irracionales. ¡Ay de ellos! porque han seguido el camino de Caín, y se lanzaron por lucro en el error de Balaam, y perecieron en la contradicción de Coré. Estos son manchas en vuestros ágapes, que comiendo impudicamente con vosotros se apacientan a sí mismos; nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos; árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados; fieras ondas del mar, que espuman su propia vergüenza; estrellas errantes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas... Estos son murmuradores, querellosos, que andan según sus propios deseos, cuya boca habla cosas infladas, adulando a las personas para sacar provecho. Pero vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; los que os decían: En el postrer tiempo habrá burladores, que andarán según sus malvados deseos. Estos son los que causan divisiones; los sensuales, que no tienen al Espíritu.” (Judas).

Por tanto la persona que aprende verdaderamente del Señor y se capacita para servirle como maestro, a través de los medios ordinarios mencionados anteriormente, jamás será un mero teórico inconsecuente. Su vida es un fiel reflejo del carácter de Cristo aprendido en su palabra. Y esto se demuestra en que su vida...

2.3.4.2. Es una vida nueva con paz interior

La vida vieja es una vida sin paz: *“Y no conocieron camino de paz”* (Ro 3.17). La nueva vida se caracteriza por ser una vida en la que hay triple paz. Paz justo en los tres lugares donde el pecador está en permanente conflicto.

1. El pecador es enemigo de Dios...

Y de su ley santa que ni quiere ni puede obedecer (Ro 5.10; 8.7). Pero cuando la salvación alcanza al pecador se produce la reconciliación con Dios y con ella la paz:

“Que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo...” (2 Co 5.19).

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro 5.1).

2. El pecador está en permanente conflicto interior consigo mismo...

Cuando su mala conciencia le produce todo tipo de insatisfacciones y malestares por aquellas malas obras realizadas y no reconocidas como tales ante Dios y su prójimo. Este fue el caso de Saúl que vivía atormentado después de haber pecado contra Dios y de ser desechado por él como rey de Israel (1 S 15 a 16). Pero la salvación de Dios produce paz al pecador arrepentido que cree en Cristo:

“Pero él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, ve en paz.” (Lc 7.50).

“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz.” (Jn 16.33)

“Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.” (Fil 4.7).

3. El pecador también está en constante conflicto con su prójimo...

Esta es la causa de las guerras, enfrentamientos diversos y todo tipo de discordias entre las personas. Pablo deja constancia de ello cuando escribe su epístola a los Romanos (1.29-32). Pero la salvación de Dios conduce al pecador reconciliado con Dios y consigo mismo a tener paz con el prójimo:

“Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz... Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca” (Ef 2.14-15,17).

2.3.4.3. Esta paz es imprescindible para ser embajadores de la paz de Dios

El maestro o educador cristiano es un pacificador (Mt 5.9) , un instrumento de paz para que la triple paz de Dios de la que hemos hablado un poco más arriba esté en la vida de otras personas:

“¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas! (Ro 10.15).

“Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación.” (Ro 14.19).

Pero esto nos plantea la siguiente pregunta: ¿Puede ser un instrumento de paz para otras personas aquel que no tiene paz con Dios, consigo mismo o con su prójimo? Por tanto sólo quien tiene y está en paz podrá ser un maestro de la paz.

Si hemos sido llamados y capacitados para ser maestros mediante la obra del Espíritu Santo debemos prepararnos para dicho ministerio. Debemos hacerlo siguiendo el mandato de Jesús de aprender de él a través de los medios ordinarios que ha provisto para su Iglesia. Debemos hacerlo aprendiendo de él su carácter manso y humilde para así ser alumnos dóciles que aprendan lo que posteriormente van a enseñar con humildad. Debemos aprender de él para tener y ser instrumentos de paz. Si lo hacemos estaremos preparados para enseñar.

2.3.5. Bibliografía

- ❖ MONCLÚS ESTELLA, **Educación y sistema educativo**, Ed. Universidad Complutense, Madrid, 2004.
- ❖ E. TRENCHARD, **El niño y la Escuela Dominical**, Ed. LB, Madrid, 1965.
- ❖ GARY COLLINS, **Hombre en transición**, Ed. Caribe, USA, 1978.
- ❖ H. HENDRICKS, **Enseñando para cambiar vidas**, Ed. Ed. UNILIT, USA, 2003.
- ❖ INA S. LAMBDIN, **El arte de enseñar a los intermedios**, Ed. CBP, USA, 1969.
- ❖ JAY E. ADAMS, **Capacitado para orientar**, Ed. PE, Barcelona, 1981.
- ❖ JILL MASTERS, **Enseñanzas para toda la vida**, Ed. Peregrino, USA, 2006.
- ❖ J. M. PRICE, **Jesús el maestro**, Ed. CBP, USA, 1973.
- ❖ L. SANDERSON, **Usando la Escuela Dominical en el Evangelismo**, Ed. CBP, USA, 1958.
- ❖ LUISA JETER DE WALKER, **Métodos de enseñanza**, Ed. Vida, USA, 1975.
- ❖ P. SÁNCHEZ DELGADO, **El proceso de enseñanza y aprendizaje**, Ed. Universidad Complutense, Madrid, 2004.
- ❖ TEDD TRIPP, **Cómo pastorear el corazón de su hijo**, Ed. SP, USA, 2004.
- ❖ VVAA, **Curso para la obtención del CAP de la Universidad Alfonso X el Sabio**, Ed. ICSE, Gran Canaria, 2005.
- ❖ VVAA, **Educación cristiana**, Ed. CITE, USA, 1992.
- ❖ VVAA, **Libro blanco de la enseñanza evangélica**, Editado por FERED, Madrid, 1990.
- ❖ VVAA, **Llamados a enseñar**, Ed. Caribe, USA, 1969.
- ❖ W. V. GRITTER, **Los principios de la enseñanza cristiana**, Ed. CITE, USA, 1990.

